

## Domingo IV Tiempo de Cuaresma (Ciclo C)

### *Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido*

*En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos:*

— *«Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»*

*Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:*

— *“Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.”*

*El padre les repartió los bienes.*

*No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.*

*Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.*

*Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.*

*Recapacitando entonces, se dijo:*

— *“Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.”*

*Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello Y se puso a besarlo.*

*Su hijo le dijo:*

— *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.”*

*Pero el padre dijo a sus criados:*

— *“Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponadle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.”*

*Y empezaron el banquete.*

*Su hijo mayor estaba en el campo.*

*Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.*

*Éste le contestó:*

— *“Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.”*

*Él se indignó y se negaba a entrar pero su padre salió e intentaba persuadirlo.*

*Y él replicó a su padre:*

— *“Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.”*

*El padre le dijo:*

— *“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.”»*

**(Lc 15, 1-3.11-32)**

La CUARESMA es un tiempo de *CONVERSIÓN*, es decir, un tiempo de *MISERICORDIA*. En este cuarto domingo se nos presenta una parábola muy conocida por todos pero que, tal vez por ello, nos impide descubrir la permanente novedad que nos muestra. Al margen de discusiones sobre si es la parábola del *hijo pródigo* o del *padre misericordioso*, es cierto que el hombre necesita actualizar en su vida la acogida amorosa de un padre que no pide explicaciones sobre los errores cometidos, sino que abre sus brazos y hace fiesta al ver colmada su esperanza de recuperar lo perdido.

La parábola del hijo pródigo es, sin lugar a dudas, uno de los textos más hermosos del Nuevo Testamento y una de las claves interpretativas del mismo. El relato gira en torno a tres personajes. El triángulo formado por Jesús, los pecadores y los fariseos es reproducido por el padre, el hijo menor y el primogénito.

El padre encarna los sentimientos de Dios —de Jesús— hacia el pecador: lo mira como a un hijo equivocado que, buscando libertad y dicha, abandona la casa paterna. Es el dolor contenido, que no hace nada para ser evitado porque hacer algo sería ir contra la libertad, es decir, contra el amor. La postura del padre refleja que sólo se ama desde la libertad y sólo se es libre desde el amor. Esto explica la explosión de gozo cuando el hijo retorna. Ha sido necesario el error para comprender el alcance de la verdad. En el pensamiento cristiano, Dios no ve la culpa, sino el error y está dispuesto a la misericordia tan pronto como el hombre lo reconoce.

El hijo menor —los pecadores con los que Jesús come—, más que malo, es inconsciente. No hay maldad en su corazón. Sólo quiere emanciparse. Su error no es irse de casa, sino disfrutar de la herencia en vida del padre, cosa que la ley no admitía. Es decir: actúa como si el padre ya hubiera muerto. Freud diría que la desaparición del padre es necesaria para el desarrollo del hijo. El Evangelio afirma que sólo se crece desde el amor. Es un espejismo en el que suelen caer nuestros contemporáneos: creer que o el amor sacrifica la libertad o la libertad sacrifica el amor. Lo vemos como si se tratase de dos necesidades excluyentes. La verdad es que el amor representa la plenitud de la libertad y la libertad, la plenitud del amor. Se necesitan mutuamente como las dos manos.

El hijo mayor —los fariseos— representa a los que han hecho de la fidelidad un ídolo. Había obedecido en silencio durante años, se considera leal y cumplidor. La acogida que se tributa al pecador la interpreta como una injusticia contra sí mismo y por eso se niega a participar de la fiesta. Es la autosuficiencia de los justos, que creen más en la obediencia que en el amor. En el fondo de su corazón sólo hay miedo a ser reprochados, a ser cogidos en falta, a fallar. Son los que han hecho de la vida una tarea de cumplimiento de normas y leyes. Olvidan que el verdadero error es no arriesgar, dejando que los miedos gobiernen sus días.

Estamos ante dos posturas igualmente equivocadas: la de aquellos que sacrifican el amor a la libertad y la de aquellos que lo sacrifican a la lealtad. Ninguno de ellos ha descubierto que la vida —la dicha— sólo es posible si se edifica sobre la libertad y el amor y que ambas cosas se necesitan mutuamente.

Descubrir el verdadero sentido de esta parábola nos lleva a considerar que cualesquiera que sean nuestros errores, nuestros miedos, nuestras inseguridades... siempre hay una posibilidad de amor en nuestra vida que, desde el adecuado uso de nuestra libertad, nos abre al horizonte siempre inescrutable de una vida plena. Vida, libertad y amor se nos presentan como tres realidades alcanzables para construir el gozo, la alegría y la felicidad a las que hemos sido llamados desde el acto creador de Dios.

Desde estas claves es importante reconocer que la conversión no es el esfuerzo o sacrificio que despersonaliza nuestra realidad, no es la humillación del ser personal, no es escudriñar o rastrear la culpa..., sino reconocer nuestros propios errores y salir al encuentro de un abrazo amoroso, el del Padre.